



FRANCISCO GONZÁLEZ

# SÍ, HUBO OTRA CIVILIZACIÓN

## PERIODISTA, ESCRITOR Y REDACTOR-JEFE

DE AÑO/CERO, FRANCISCO GONZÁLEZ (VITORIA-GASTEIZ, 1963) ES AUTOR DE *ARQUEOLOGÍA IMPOSIBLE: EL LEGADO OCULTO DE LOS MAESTROS CONSTRUCTORES* (ODEÓN, 2016) –LIBRO DEL QUE LES OFRECEMOS EL SIGUIENTE EXTRACTO–, OBRA EN LA QUE DEFIENDE QUE HACE UNOS 20.000 AÑOS EXISTÍÓ UNA PROTO-CIVILIZACIÓN PLANETARIA.

El hallazgo en 1994 de Göbekli Tepe cambió drásticamente nuestra perspectiva sobre el origen de la civilización, pues este santuario megalítico se erigió hace al menos 11.500 años –probablemente más–, doblando en antigüedad a lugares como Stonehenge. Décadas atrás, el descubrimiento de Çatal Höyük (8000 a. C.), también en Turquía, ya había hecho temblar al *establishment* científico, incapaz de digerir que todo lo anteriormente propuesto acerca de nuestra historia no encajaba con la impactante antigüedad de estos enclaves.

Y es que, en esencia, lugares como Göbekli Tepe y Çatal Höyük constituyen un enervante desafío para quienes han escrito la historia de nuestra civilización. La razón es que dichos conjuntos están donde no deberían estar. Peor incluso: los construyeron personas con las que no acabamos de identificarnos, pues su presumible grado de cohesión social y la tecnología que necesitaron para erigirlos no son los

**“Nadie recién salido de una caverna pudo construir algo ni siquiera parecido a Göbekli Tepe”**



que cabría esperar de un grupo de individuos recién salidos de las cavernas.

Muy a menudo, los investigadores no disponen de registros históricos que les ayuden en sus pesquisas. De hecho, varios de los mayores descubrimientos arqueológicos de la historia se deben a que sus artífices hicieron más caso a su instinto que al sentido común; o bebieron en fuentes «no científicas» tales como poemas épicos y leyendas. Este fue el caso del arqueólogo *amateur* Heinrich Schliemann, quien descubrió las ruinas de Troya en 1871. Ningún arqueólogo serio habría esperado que la ciudad cantada por Homero fuese real. Al contrario, Schliemann estaba convencido de que muchas leyendas contienen un poso de verdad y, también, estaba persuadido de que Troya existió, como así quedó demostrado. Hay más ejemplos de científicos –o respetables no científicos– con la mente abierta. El arqueólogo Paolo Matthiae descubrió la ciudad-estado de Ebla, en Siria, desoyendo los consejos de todos cuantos le advirtieron de que no la buscara ni allí ni en ninguna parte. A principios del siglo XX, Arthur Evans excavó en Creta las ruinas del asombroso palacio de Cnosos, descubriendo al mundo que el Laberinto del Minotauro no era tan mitológico como pensábamos. Otro arqueólogo británico, Leonard Wooley, ha pasado a la historia por haber descubierto la también «legendaria» ciudad sumeria de Ur y, de paso, por haber hallado evidencia geológica de que el diluvio descrito en el Poema de Gilgamesh no era un cuento infantil... ni ese relato ni otros muchos inscritos en las tablillas de arcilla descubiertas en Mesopotamia. Bien lo supo el eminente asiriólogo Samuel Noah Kramer, quien en 1956 se atrevió a sugerir que los sumerios, hace cinco mil años, dejaron testimonio escrito del primer Job, el primer Moisés, el primer paraíso, la primera resurrección de un dios y, desde luego, el primer diluvio. Décadas después, el también asiriólogo Irving Finkel completó el puzzle de aquel cataclismo que asoló Mesopotamia, confirmando que el Noé sumerio se llamaba Siuzudra y el relato de aquella gran inundación fue escrito alrededor de 1.500 años antes de que los escribas del Génesis plasmasen lo que en la tradición judeo-cristiana se conoce como Diluvio Universal. .